

PRÓLOGO

«Nadie es la patria. Ni siquiera el jinete
que, alto en el alba de una plaza desierta,
rige un corcel de bronce por el tiempo,
ni los otros que miran desde el mármol,
ni los que prodigaron su bélica ceniza
por los campos de América,
o dejaron un verso o una hazaña
o la memoria de una vida cabal
en el justo ejercicio de los días.
Nadie es la patria. Ni siquiera los símbolos».

JORGE LUIS BORGES, 1966

Todos los meses de noviembre, cuando el tiempo de los huracanes empieza a dar una tregua a los habitantes del Caribe, la ciudad colombiana de Cartagena de Indias celebra sus fiestas de la independencia. Sin duda se trata del evento más popular del ciclo festivo anual. En esos días, la multitud de afrodescendientes que la habitan orgullosos elaboran y difunden unos mitos propios. Estos son expuestos sin miramientos ni sub-

terfugios, o impuestos con la fuerza que les otorga ser más en número y estar convencidos de sus tradiciones.

Aunque la exhibición de luces de la «Noche de candelá» y los tambores de comparsas y grupos folclóricos recuerdan a una fiesta barroca, la memoria que celebran reivindica una apoteosis ilustrada. El 11 de noviembre de 1811, hace casi dos siglos, una multitud de negros y mulatos armada con lanzas, dagas y pistolas tomó al asalto el palacio de gobierno. Los miembros de la Junta autonomista criolla, tras ser insultados y golpeados, fueron obligados a firmar la «Declaración de Independencia» que provocó la definitiva ruptura de aquella república urbana con la España de la Regencia. No lejos de allí los habitantes de Santa Marta hicieron todo lo contrario, abrazaron la causa de la defensa de la verdadera religión y del monarca Fernando VII con idéntico convencimiento. No pasaría mucho tiempo antes de que el pueblo realista samario, formado por indios y zambos, se enfrentara al pueblo patriota cartagenero de negros y mulatos en una guerra a muerte.

Las motivaciones de todos ellos fueron claras y formaron parte de un equilibrio entre razón y sentimiento que la historiografía latinoamericana de los siglos XIX y XX, dedicada a edificar una mitología nacional, ha minusvalorado o directamente desconocido. La enseñanza patria ha planteado unos modelos de virtud republicana que obedecían a una versión de las élites blanca y criollista, fabricada en las décadas posteriores a la emancipación de España. Los peninsulares, malos, rencorosos y avariciosos, agraviaban a los americanos, buenos y virtuosos. En un momento crucial, estos se cansaron de vejaciones y la nación independiente fue

llamada a la existencia. Como ya había ocurrido con el pueblo de Israel cautivo en Egipto, eran necesarios el sufrimiento y la muerte para ganar la libertad. El culto posterior a los héroes sacrificados rememora y redefine la pertenencia a la comunidad imaginada, que perdurará por los siglos de los siglos.

Durante los últimos treinta años la confianza en esta versión providencialista de la propia historia no sólo se ha resquebrajado, también se ha enriquecido. La nueva historia política, los estudios de grupos subordinados, la historia cultural, la historia de la ciencia y de la técnica, el intento de entender el alineamiento realista de indígenas o llaneros, el interés por instituciones y constituciones o la historia atlántica, han aportado puntos de vista y materiales que la gran narración decimonónica de la independencia no podía asimilar. La ruptura de este relato se ha producido en el tiempo y en el espacio. Ya no se discute la interconexión causal entre lo que sucedió a partir de 1808 en Santiago de Chile, Madrid o La Habana. Hay una América indígena y una Afroamérica presentes en la emancipación con la estatura de actores de primera fila. No se trata sólo de «cosas de blancos» y se hace preciso entender lógicas comunes, las fundadoras de tradiciones democráticas o electorales, las que asentaron repúblicas y no monarquías, las que sustituyeron un personal político formado por abogados y clérigos por otro poblado de generales y comerciantes.

En la medida en que la reconstrucción atlántica de las independencias latinoamericanas, incluidas dos que se suelen ignorar, las de Haití y Brasil, estaba por hacer, decidí escribir un ensayo con el propósito de restablecer el marco común sobre el que se produjo-

ron. Los cuatro capítulos que lo componen ofrecen una visión de largo plazo pero, a diferencia de los enfoques tradicionales, se remonta a los orígenes y no a las consecuencias. No he pretendido explicar el siglo XVIII desde el XIX, sino el XIX desde el XVIII. He intentado no confundir propagandas con realidades, ni historiografías con historias, otorgando a las periferias (supuestas) una dinámica de complejidad equivalente a la de los «centros».

De ahí que el primer capítulo, «Últimas oportunidades para los reyes. Del reformismo al instante fatal», dedicado a lo ocurrido en América entre 1740 y 1808, se haya ocupado de la básica desconexión entre las reformas borbónicas y la independencia, pues todo indica que constituyeron procesos separados, por mucho que sus relaciones existan. Gracias a esta lógica se explican sin dificultad los dramáticos sucesos narrados en el segundo capítulo, «Patrias bobas y viejas. La apertura de la caja de Pandora», que se ocupa de lo acontecido hasta 1814. La disonancia entre el fácil establecimiento de las juntas en la España peninsular y las complicaciones que tienen en América, así como lo privilegiado del momento en que se instituyen, encuentran adecuada comprensión. La dificultad de hacer coincidir soberanía y representación, que está en la base de los agravios infligidos a los españoles americanos por los constituyentes gaditanos de 1812, se aborda en el comienzo del capítulo tercero, «La emergencia definitiva de las repúblicas americanas». Este explica no sólo la falta de sintonía de aquellos respecto al Nuevo Mundo, sino la formalización definitiva de las independencias de Buenos Aires o Chile como reacción al feroz absolutismo renovado de Fernando VII,

vigente hasta el levantamiento de Riego en 1820. El cuarto y último capítulo, «Una guerra que ya no quiere nadie», aborda el camino hacia la Batalla de Ayacucho en 1825. Plantea que las soluciones liberales a escala imperial ya no funcionaban, o por decirlo con palabras del libertador Simón Bolívar, la libertad se había conseguido al alto precio de la unión política. En el epílogo, finalmente, propongo una revisión de los mitos derivados de la obra de Tocqueville en torno al supuesto fracaso histórico latinoamericano para dar paso a una mirada compleja del pasado, articuladora de principios de realidad y comportamientos democráticos.

Este libro ha sido posible gracias al estímulo intelectual y la ayuda recibida por parte de muchas personas e instituciones a lo largo de dos décadas. Debo citar en primer lugar a mis grandes maestros: Guillermo Céspedes del Castillo, John H. Elliott, Malcolm Deas y Francisco de Solano. En este tiempo he tenido la fortuna de formarme en instituciones como St. Antony's College en Oxford, la Pontificia Universidad Javeriana de Bogotá, el Colegio de México, la Universidad Andrés Bello de Caracas y el Instituto Venezolano de Investigaciones Científicas. Estancias más o menos prolongadas en Tufts University, la Universidad Complutense de Madrid, Stanford University y sobre todo el Centro de Ciencias Humanas y Sociales del CSIC me han permitido refinar mis argumentos e ideas. Durante ellas, Emanuele Amodio, Felipe Fernández-Armesto, Germán Mejía Pavony, Eduardo Posada Carbó, Nikita Harwich Vallenilla, Tamar Herzog, Fernando R. Lafuente, Julio Crespo MacLennan, David Armitage, Gabriel Paquette, Ruth Hill, Alfredo Moreno Cebrián, Antonio Morales Moya, Fernando Rodríguez de la Flor, Javier Moscoso,

Manuel Herrero, Salvador Bernabéu, Consuelo Naranjo, María Dolores González-Ripoll, Javier Bravo, Iñaki González-Casnovas, María Teresa Calderón y Juan Luis Suárez me han ayudado mucho. Una estancia de movilidad en la Universidad de Harvard concedida por el Ministerio de Ciencia e Innovación de España y la extraordinaria acogida del Real Colegio Complutense en Cambridge, dirigido por Ángel Sáenz-Badillo, también han sido fundamentales. Los consejos de la editora María Cifuentes han sido determinantes para que el manuscrito cobrara verdadera forma. Inés Vergara Jaakkola y Elena Martínez Bavière han apoyado con entusiasmo y dedicación el proceso editorial. Luis Conde-Salazar Infiesta me ha ayudado en la corrección con un sentido de la amistad que no tiene posible retribución. Astrid Avendaño hizo exactamente la lectura crítica y positiva que necesitaba para poder llegar a buen puerto. Mi esposa María ha hecho el milagro de acompañarme y sostenerme una vez más hasta el final. El libro está dedicado a Javier Beorlegui, con mi mayor afecto. A todos mi agradecimiento y amistad.